

Civilización y Enfermedad

Dr. Arnoldo Hirlemann.

N. de la R.: Nos complacemos en insertar este artículo que ha tenido la fineza de remitirnos, para su publicación en ECA, el competente profesional salvadoreño Dr. Arnoldo Hirlemann, y que constituye el discurso pronunciado a su ingreso en el Ateneo de El Salvador.

El gesto de acoger a un médico en el seno de esta benemérita Institución tiene un significado que trasciende la simpatía que universalmente vincula el Arte, la Ciencia y la Filosofía y tiende a unir espíritus afines en pro de una vida mejor a través de la Cultura Humana. Así lo he conceptuado, y me siento justamente orgulloso que esta vez la elección haya recaído en mi modesta persona.

Observando la realidad de la época en que nos ha tocado vivir, hemos de convenir en que solamente la cooperación franca y desinteresada de las fuerzas vivas del espíritu y del intelecto pueden estar en condiciones de aportar, por lo menos en parte, soluciones adecuadas y duraderas y humano alivio a los múltiples males que la civilización ha creado.

La civilización occidental en sus últimas décadas se ha desarrollado dentro del marco de un materialismo materializante, en el cual la cultura verdadera —esta es aquélla que debe poner lo material al servicio de lo viviente, y no lo viviente al servicio de lo material— esta cultura tiende a desaparecer. La armonía vital, esa gran armonía entre el espíritu del hombre y sus funciones orgánicas se hace cada día más precaria. Falta el verdadero espíritu de comprensión y altura tan necesario a la salud mental y corporal del individuo y de las colectividades, porque nos alejamos de la cultura y nos enfangamos día a día en una civilización engañosa.

Todo hombre que vive en íntimo contacto con el género humano, tratando de ayudar en forma alguna, o simplemente observando, tiene algún día que reflexionar sobre los hechos vividos y preguntarse no sin preocupación, ¿cuál es la reacción biológica del hombre ante la civilización del mundo en que vive? Bien sabemos que no puede ser una causa única la

que determina la salud o la enfermedad, sino una serie de condiciones exógenas y endógenas que deciden de nuestra vida. Todo es condicional. De ahí la complejidad del problema que deseamos plantear sin pretender nunca solucionarlo.

El paralelismo entre la Historia de las civilizaciones y lo que en aquellos remotos tiempos fué la Medicina nos aporta interesantes datos sobre las enfermedades de aquellas épocas y nos enseña sobre todo cuán poco hemos avanzado en ciertos aspectos culturales. Ciertamente, el origen de los pueblos es oscuro: surgen, prosperan, llegan al apogeo de sus fuerzas vitales que significan cultura, enseguida declinan, degeneran y pasan a la Historia. La Historia de las civilizaciones orientales, fuente de la nuestra, nos da un reflejo sorprendente de las enfermedades de que adolecían los hombres antes de la Era Cristiana. Se han conservado enciclopedias médicas de aquellas épocas, verdaderas maravillas culturales si consideramos las fechas que ostentan. Una de ellas se calcula que data del siglo quinto antes de Jesucristo y otra, mucho más reciente, lleva fecha del siglo segundo de la Era Cristiana y sus conceptos ya se acercan mucho a la Medicina Hipocrática. En esas épocas se describen nada menos que mil ciento veinte distintas enfermedades; ya se habla de principios de anatomía, fisiología y se menciona, centurias antes de Harvey, el principio de la circulación de la sangre. Ya en aquellos remotos tiempos se practicaba el examen clínico con la inspección, la palpación y parte de la auscultación casi tal como lo practicamos hoy día. El significado del pulso y la temperatura en medicina es una adquisición del siglo trece. La cirugía era muy practicada: se operaban hernias, cataratas, cesáreas, etc. y la cirugía de la piedra estaba muy en boga. Los médicos antiguos hindúes, dice Carrison, hacían toda clase de intervenciones quirúrgicas, menos ligar los vasos. Preparaban el campo operatorio fumigándolo; éste puede considerarse como el principio original de la asepsia. Se administraban drogas para insensibilizar, verdaderas precursoras de la anestesia. Ya en el siglo quinto los Brahmanes veían muy natural que las enfermedades fuesen producidas y transmitidas por agentes invisibles y se protegían contra ellos aumentando la resistencia individual, con la linfa de enfermos. Sospechaban, pues, los gérmenes y el principio de la vacuna. La Ciencia siempre gusta de poner nuevos nombres a las cosas viejas. En la antigua cultura del Egipto encontramos en sus albores una mescolanza de astrología, religión, arte, magia, etc., por medio de la cual se trataba de explicar los males que conducían a la muerte, hasta que con Hipócrates surgió la gloriosa época de la medicina hipocrática, base eminente de la medicina de nuestros días. Esa genial pléyade escolástica nos legó en sus papiros la descripción de un sinnúmero de enfermedades que aunque no llevaban los nombres latinos por las cuales las conocemos hoy día, equivalen a ellas. En las momias egipcias se han encontrado la arterioesclerosis, la tuberculosis, la poliomielitis y otras, pero no se encuentran ni el cáncer ni la sífilis. Las caries dentarias y la piorrea que no se encontraban en las momias más antiguas, comienzan a hacer su aparición en las más recientes. Se nota cierta tendencia de enfermedades subordinadas a los estragos de una civilización incipiente. La paleopatología ha venido a confirmarnos que un sinnúmero de enfermedades en sus formas básicas, son las mismas que se adolecían en tiempos antediluvianos y que aún llevamos a cuestas...

En el transcurso incontenible de la Historia del mundo los hombres han tenido sus costumbres, sus necesidades y sus posibilidades de enfrentarse a la existencia y es indudable que el medio sobre el cual se modelaron el alma y el cuerpo de nuestros antepasados durante milenios, ha cambiado a través del tiempo, y esta evolución lenta e inexorable ha tenido que ejercer sus influencias, ya sean bienhechoras, ya sean nocivas sobre el ser humano y sus enfermedades.

Los pueblos florecieron, sufrieron y perecieron en continua lucha con los elementos de la Naturaleza que los rodeaba. Cada época ha tenido lógicamente sus males predominantes y los seguirá teniendo. Así la edad media sufrió el curso apocalíptico de la peste, mientras en el renacimiento la sífilis florecía a la par de su gran cultura artística. Todavía en los albores del siglo diecinueve el cólera azotaba despiadadamente a la humanidad.

En la incipiente cultura occidental de aquella época el factor humano crecía a la par de sus ingentes necesidades. El hombre era aún un real esclavo de su ambiente y de sus enemigos infinitamente pequeños, el hacinamiento insalubre favorecía la tuberculosis así como casi todas las otras enfermedades infecciosas. En el trópico y subtrópico la malaria y la fiebre amarilla triunfaban diezmando generaciones. Hemos de recordar que De Lesseps no logró hacer el Canal de Panamá a causa de ellas... Y pensar que hoy día ese canal interoceánico, majestuoso y tranquilo, parece haber olvidado para siempre el inmenso cementerio que representan sus orillas.

En la lucha por subsistir la ciencia, parte integral de la civilización, trabaja tesonera e incesantemente, y en las últimas décadas del siglo diecinueve se inicia para la humanidad una época realmente gloriosa: el hombre descubre uno a uno gran número del largo cortejo de sus enemigos microscópicos y a su vez la higiene, creada al empuje de las necesidades, va tratando de barrer aquel ambiente materialmente viciado en que se debatía la existencia humana. Se vislumbran los factores esenciales a la salud del cuerpo y el intercambio científico entre los pueblos del planeta se facilita gracias a los adelantos técnicos, a las distintas vías de comunicación. La industria incipiente crea la máquina laborable con el laudable fin de evitar al hombre la innecesaria fatiga.

Contemplamos maravillados las victorias indiscutibles de la ciencia y de la técnica sobre los embates de gran número de enfermedades sobre todo de origen infeccioso, pero por otra parte, hemos de admitir que la civilización alcanzada, ha arrastrado consigo tantos conflictos de orden anímico y de orden cultural que necesariamente se han ido convirtiendo en verdaderas noxas creadas por ella misma. Así hemos de ver con suma preocupación en nuestros días que muchas enfermedades han aumentado en grado sumo, entre ellas la hipertensión, la angina de pecho, las trombosis coronarias, el Basedow, la diabetes, las úlceras gastro-intestinales, la litiasis, las toxicosis, las neurosis y psicosis y tantas enfermedades llamadas alérgicas. No hay duda que con la civilización los insultos exógenos y endógenos a nuestro sistema neuro-vegetativo han aumentado al mismo tiempo que la resistencia humana se ha debilitado, y el fatal resultado ha sido el aumento de las enfermedades llamadas degenerativas.

De ahí que sería nada menos que un engaño colectivo, pensar que el solo hecho, admirable por cierto, de haber vencido materialmente las necesidades primitivas de la vida, daría a la humanidad la salud y la dicha de vivir.

Hemos de reconocer que la civilización, con su desarrollo hasta cierto punto desequilibrado ha favorecido la ociosidad física, la existencia sedentaria en algunas clases sociales con la consecuente influencia sobre el organismo. El hombre tiene menos movimiento natural, factor tan importante en el desarrollo de la musculatura, en la calcificación del esqueleto, sobre el funcionamiento glandular y la circulación de la sangre. En nada deben extrañarnos las alteraciones orgánicas cada vez más frecuentes, las cuales nos predisponen más y más a la gota, al reumatismo, a la diabetes, etc. En el niño, los ejercicios escolares prolongados en la misma posición exigida, repercuten sobre su desarrollo físico conduciendo a las distintas deformaciones de la columna vertebral, a ciertas atrofas musculares y a otras enfermedades similares. La Naturaleza felizmente es más sabia que los hombres y así observamos cómo ella trata de proteger al infante con su tendencia peculiar a los juegos, a los ejercicios físicos, a las travesuras tan típicas del niño sano. El adulto también trata de adaptarse insensiblemente a su debilidad orgánica, o de luchar contra ella, pero a pesar de todo el detrimento visible en nuestro adulto civilizado es innegable. Las causas son bastante simplistas: la civilización científica ha dado al hombre métodos más agradables y menos laboriosos para conservar su equilibrio intra-orgánico que los procedimientos naturales, y el consecuente resultado ha sido la pereza y la haraganería, conduciéndolo a un estado anti-fisiológico y anti-estético. Así vemos a muchos hombres antes de los cuarenta años que ostentan un cuerpo netamente deformado: se desarrolla el abdomen gracias a la flacidez de la musculatura que ya no alcanza a sostenerlo, la espalda se vuelve más redonda y encorvada, en la región sacra se atrofian los tejidos blandos, se acentúa la rigidez torácica, la que acarrea una respiración corta y penosa al menor esfuerzo inacostumbrado, y todo lo predispone irremisiblemente a las enfermedades cardio-vasculares y pulmonares. Las articulaciones sufren por lo consiguiente alteraciones más o menos graves y estimo que cada día se justifica más la máxima: "si no me nuevo me oxido". Las deformaciones odontológicas son cada día más frecuentes, las caries dentarias tanto en el infante como en el joven han aumentado en prodigiosa ascensión. Entre los pueblos más civilizados la miopía se ha vuelto más frecuente que en eras anteriores.

Por otra parte, el tremendo desarrollo de la industria ha llevado fatalmente al hombre a sufrir nuevas enfermedades. El manejo de la máquina industrial con sus movimientos arrítmicos o unilaterales, ha conducido a hipertrofias de ciertos órganos en detrimento de otros; los accidentes de trabajo están a la orden del día a pesar de todas las precauciones que se toman para evitarlos. Los efectos tóxicos o deletéreos de algunas industrias han causado y siguen causando daños entre los obreros.

Las enfermedades cancerosas —aunque no se pueden atribuir únicamente a estragos de la civilización— han aumentado considerablemente. Han aparecido entre ellas nuevas modalidades de las cuales sí son responsables algunas industrias en sus materiales irritantes.

La civilización con su tremenda lucha económica, ha impuesto al género humano una situación sumamente difícil y peligrosa, colocando a la mujer en condiciones de trabajo para las cuales no ha sido creada. El organismo femenino, tanto en el aspecto mental como somático, tiene diferencias básicas del masculino: su espíritu originalmente más diferenciado, su cuerpo más frágil, su actitud más recatada, nos demuestra que su cometido en la vida debe ser otro. Hablo específicamente de la mujer en su naturalidad y no de esos seres intersexuales ya producto de nuestra civilización. Cuando la mujer se ha visto obligada por las necesidades apremiantes de la vida a compartir el duro trabajo de su compañero o tantas veces a sustituirlo, las consecuencias inmediatas o tardías son inevitables. En el sentido espiritual ella va perdiendo poco a poco la dulzura del carácter, la comprensión intuitiva, atributo tan femenino, y hasta el verdadero pudor tan necesario a su naturaleza sexual. En el sentido corporal pronto se hace notar el efecto de los órganos desplazados, sobre todo en el aparato genital, las inflamaciones glandulares, las distonías sexuales, la predisposición a todas las enfermedades infecciosas y en particular a la tuberculosis. Cuando la mujer, guiada por un orgullo extraviado, mal entendido, tiende a suplantar al hombre en muchos de los desempeños propios de su naturaleza, es porque existe un estado psicológico desequilibrado o no tardará en determinarse, destruyendo así la armonía entre ambos sexos tan indispensables a la felicidad humana. La vida materialista ha llegado a absorber a tal grado el alma femenina, que presa de un egoísmo incomprensible, llega a repudiar, frecuentemente, la sublime función de la maternidad.

Con todo esto no pretendo negarle a la mujer el derecho al trabajo; por el contrario, éste, en la justa medida de sus fuerzas, y dentro del margen de sus atribuciones, es una necesidad bienhechora para el desarrollo de su cuerpo y de su verdadero espíritu, cumpliendo, además, con un factor biológico y económico.

Hay algo sin duda más aflictivo en la clase de supercivilizadas en nuestros tiempos de debilidad espiritual: el desequilibrio moral. Si los vicios en el hombre producen un desbarajuste moral y corporal en el individuo y en la familia, éstos mismos en la mujer se vuelven una verdadera tragedia, pues no solamente afectan su espíritu y su organismo sino al ser que ha de procrear. Bien sabemos que el papel principal de la mujer es la conservación de la especie y que su fino organismo está adaptado fisiológicamente a estas funciones; de ahí que fácil es deducir los efectos que las noxas producen en un ser durante la vida intra-uterina y las consecuentes taras que sufrirá su organismo desde el comienzo de la vida.

Pesan sobre la humanidad los enormes problemas de la Herencia, tal vez más importantes y difíciles de solucionar que los del ambiente. La heredo-constitución es algo básico en la vida y éste es sin duda el primer problema cuya solución hay que enfocar si queremos algún día mejorar la vida. Si queremos regenerar la especie, preciso es considerar debidamente la eugenesia. En este sentido hemos de convenir con cierta tristeza que sufrimos un retraso sensible: en vez de mejorar la selección humana bajo el aspecto cultural el género humano se ha plebeyizado espiritualmente.

Es necesario luchar contra esa tremenda ausencia de espiritualidad que caracteriza nuestra época, es preciso reemplazar todos esos sentimientos ficticios y nocivos que engendran los vicios y los desenfrenos, por normas de cultura, es indispensable darle a la ciencia todo apoyo moral y legal para que enfermos no sigan procreando enfermos, y tratar de modificar el ambiente psíquico y material en el cual se inicia la vida: la gestación. Tocaré seguidamente educar al niño, ya que la educación del niño de hoy forma el núcleo de la cultura del hombre de mañana. Si nuestra generación está perdida tratemos de salvar la que vendrá después de nosotros.

Los males puramente físicos que una civilización mal orientada nos ha legado, por importantes que sean sus consecuencias, no son ni los más corrientes ni los más peligrosos en el sentido cultural. El individuo civilizado tan mal que bien se ha adaptado en parte a sus males orgánicos pero no así en el sentido moral y mental. Espiritualmente somos incapaces de defendernos del medio que nos rodea. La civilización actual ha creado un medio psicológico poco propicio a las actividades culturales con la primacía de la materia, la supresión de la espiritualidad, de la moral y de la estética. De ahí el desequilibrio psíquico y sus consecuencias somáticas tan comunes a nuestra época. No puede haber salud en ese ambiente en que la vida es inquieta, irregular, agitada, el alimento demasiado pobre o excesivamente refinado, en un mundo en donde la disciplina moral tiende a desaparecer mientras el egoísmo, la irresponsabilidad y la dispersión son la regla. Vivimos una tremenda paradoja. En medio de las maravillas técnicas de la civilización, la personalidad humana tiende a disolverse. El ansia desmedida de vivir y las preocupaciones consiguientes afectan profundamente la salud; se concibe cómo sentimientos abyectos, tales como la envidia, el odio, el temor, la inconformidad produzcan cambios orgánicos en el individuo y en las colectividades, conduciéndolos a verdaderos estados morbosos. Las llamadas lacras sociales, no son sino enfermedades colectivas, fruto de un ambiente desequilibrado; el total irrespeto a las leyes, el latrocinio, la criminalidad no son más que sus tristes consecuencias. Las aberraciones sexuales han aumentado a medida que las leyes morales han sido suprimidas. Así arrastra el mundo de hoy tantos estados víscero-anímicos que penden entre la salud y la enfermedad, entre la razón y la demencia, estados que aún no han sido científicamente catalogados y que probablemente no lo serán completamente sino mucho después de nuestra época, porque para analizarlos en todo su alcance se necesita objetividad y nadie puede ser completamente objetivo en el ambiente en que vive.

La ciencia médica sin embargo, consciente de que además de las noxas físico-químicas y microbianas existe el factor psíquico como agente nosológico, ha venido desarrollando en las últimas décadas la doctrina de la medicina psico-somática. Básicamente no es cosa nueva, pues partiendo del juicio unicista de Sócrates en que "todas las afecciones del alma se asocian al cuerpo y viceversa", comprendemos que los fenómenos psico-somáticos (alma-cuerpo) no son causa y efecto sino simultaneidad dentro de la expresión biológica. Ya Garus, contemporáneo de Goethe, sintetizaba así: "si no estamos tristes porque lloramos, tampoco es correcto decir que lloramos porque estamos tristes, puesto que las lágrimas son parte de nuestra tris-

teza". La misma ciencia médica, siguiendo el rumbo materialista de la época, había en gran parte descuidado la psiquis para preocuparse del soma. Prevalían las teorías de los gérmenes y de los microbios, desestimando la importancia del terreno y del ambiente, pero felizmente, parece estar entrando en una era de rectificación, y actualmente, siguiendo las directivas de la totalidad biológica, la medicina vuelve a incorporar a su acervo un aspecto humano que el concepto puramente mecánico le había hecho perder de vista. Con la medicina psico-somática tratan las generaciones médicas contemporáneas de comprender y ayudar a esa legión de enfermos funcionales neuróticos que presenta la sintomatología más variada, sin ninguna lesión anatómica científicamente demostrable.

Las exigencias económico-sociales del hombre moderno han crecido desproporcionadamente con el grado de rendimiento individual y colectivo, conduciéndolo a un estado de inconformidad y de amargura. La injusticia económico-social, el tremendo desequilibrio entre la extrema riqueza y la extrema pobreza de nuestros pueblos ha inhibido en grado sumo su liberación nosológica. El desarrollo omnipotente de la industria, que por una parte se justifica proporcionando el sustento material a un vasto sector humano, con su ambición desmedida, ha llegado a crear en el hombre necesidades más o menos ficticias, las cuales no pueden ser colmadas sino por minorías económicamente privilegiadas, suscitando en las colectividades complejos de orden biológico-social que hoy más que nunca conturban el mundo. Han surgido las enormes discrepancias en el ambiente político-social, precipitando al hombre a una lucha despiadada por la supremacía económica, propiciando así élites dirigentes materialmente prepotentes, pero moral e intelectualmente imprevistas.

Fuerza es reconocer que la civilización del mundo ha sido siempre anárquica, ya que no ha sido planeada para que cumpliera fielmente con sus objetivos. Si por Civilización entendemos el conjunto de ideas, ciencias, artes y costumbres que forman y caracterizan el estado social de un pueblo, preciso es reconocer que el equilibrio necesario entre estos factores no existe. El medio espiritual tan necesario a la salud mental ha ido sufriendo modificaciones básicas: ante la preponderancia de la civilización material, los valores morales han ido cediendo paulatinamente. Sucesivamente han ido surgiendo nuevos conflictos entre la moral y la biología con sus desastrosas consecuencias para el género humano, ya que de sobra sabemos que la moral y la biología no son sino las normas que llevan al ser humano a su perfecto desarrollo.

La verdadera civilización debe comprender la inmensa tarea que le corresponde desarrollar eficientemente al hombre desde el punto de vista moral, intelectual, físico, material y económico, pero temo que los instrumentos de la lucha que hoy día se esgrimen no respondan a un sistema básico eficiente. Ciertamente, las máquinas, herramientas, sistemas sociales, organizaciones colectivas, etc., se van multiplicando en asombrosas proporciones, en un afán de obtener una vida materialmente más cómoda, pero espiritualmente menos feliz.

Bajo el aspecto biológico la enfermedad es inherente a la vida como la vida a la muerte. Toda célula orgánica nace, crece, se reproduce y muere. En el género humano las enfermedades seguirán siempre viviendo como cosa viva y concreta que son, tendrán sus causas, tendrán sus épocas, sus climas espirituales y materiales, estarán siempre sujetas a las leyes imponderables de la Naturaleza, a la Heredo-constitución, a la integridad viscero-anímica de nuestro ser. Serán siempre condicionales a la vida que vivamos...

Pero si en algo queremos mejorar la salud del mundo en que vivimos, los errores que implica gran parte de nuestra civilización tendrán que ser rectificados. Hemos de admitir que hasta hoy nuestra vida se ha civilizado técnicamente y preciso será culturizarla biológicamente.

